

EL ESPAÑOL, MÁS ALLÁ DE SU VALOR ECONÓMICO. INTRODUCCIÓN

Francisco M. Carriscondo-Esquivel

Universidad de Málaga (España)

<https://orcid.org/0000-0002-1812-9609>

El conjunto de acciones propias de la política exterior aplicadas al español, cuyos dominios se extienden a más de una nación, recibe una calificación específica desde finales de los ochenta: *panhispánica*. Su análisis es poliédrico. En primer lugar, los ideologemas en torno a la lengua española, las producciones publicitadas y las asociaciones a otros ámbitos de la vida empleados por los garantes de dicha política. A continuación, las instituciones gestoras de la lengua: los Gobiernos de los Estados hispanohablantes, las principales universidades del mundo hispánico, el Instituto Cervantes, la Real Academia Española (RAE) y la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE). En tercer lugar, los territorios marcados: las metrópolis de la hispanidad frente a la periferia. Y, por último, las obras fundamentales que son consideradas resultado de la aplicación de las directrices marcadas, entre las que destacan aquellas cuya exhaustividad –en cuanto a que comprende el idioma en todos sus niveles de análisis– resulta evidente, así como los informes sobre el español en el mundo y su presencia en ámbitos económicos, tecnológicos, mediáticos, etcétera, emitidos por organismos como el Instituto Cervantes o fundaciones ligadas al mundo empresarial como Telefónica y Banco Santander,

sin olvidar los patrocinadores de los grandes proyectos adscritos a la mencionada política (La Caixa, Inditex...).

El panhispanismo repite una serie de mantras que tienen que ver con el español como «lengua de encuentro», «lengua común», «patria común», «unidad en la diversidad», etcétera, pero a la vez «lengua global» o «total». Este ideologema, que también se representa con su variante de «lengua universal», se concreta en argumentos como la advertencia sobre el territorio que ocupa y el que puede ocupar el idioma, es decir, su capacidad de expansión: el número de estudiantes de español en el mundo, su cada vez mayor presencia en Asia, Europa, Estados Unidos, Brasil... Uno de los temas estrella que, en realidad, es el núcleo sobre el que gravita el resto de asuntos es el del potencial económico del español, que desde la prensa de nuestro país se asocia a una determinada ideología lingüística, eurocentrista, heredada del antiguo Imperio. La investigación especializada sitúa a finales de los ochenta esta política lingüística. En los medios de comunicación confluyen ambos mundos en una visión, a mi juicio interesada, igualmente mercantilista y propia de una aculturación lingüística, dado que el uso en los medios de un español global, neutro o internacional supone llegar a una

Cómo citar este artículo: Carriscondo-Esquivel, F. M. (2025). El español, más allá de su valor económico. Introducción. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (19), 29-32. <https://doi.org/10.24310/tsn.19.2025.22054>. **Financiación:** este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

mayor audiencia. Es así como, a las compañías tecnológicas y financieras, se suman ahora los medios en cuanto a los beneficios que reporta una política lingüística panhispánica asentada en los principios comentados.

Hay que subrayar la aculturación que se manifiesta en esta intención globalizadora que figura permanentemente tanto en las intenciones de las instituciones gestoras de la lengua como en las corrientes de opinión expresadas en los medios. Se insiste en el ideologema del español como recurso económico. Es el momento de la letanía en torno a las enormes cifras de hablantes y sus posiciones en los distintos escalafones. Y es, también, el momento de los grandes símiles con la economía: fuente de energía, industria, producto interior bruto, riqueza, petróleo, tesoro... En 2012 el Estado español lanzó un plan de promoción de la lengua común vinculado a la Marca España, que luego pasó a llamarse España Global. Fue, hasta la fecha, el último episodio de este deseo de potenciar la actividad económica del idioma, con el continente americano como escenario fundamental, pero dejándolo al margen de cualquier actuación: todo por América, pero sin América. Resulta lógico, entonces, que esta reclame su porción de la tarta. Lo cultural es secundario, es solo un disfraz para maquillar la verdadera realidad, la de unas instituciones que desarrollan unas acciones que se alían con el poder político y económico. En definitiva, nada se dice inocentemente y sin importar su repercusión. Y, si las fuentes no lo hacen, aquí debe estar la comunidad científica para advertirlo y extraer consecuencias.

Conviene comparar lo que se deduce de los medios de comunicación con lo que dice la literatura especializada con respecto al panhispanismo. Son escasos los trabajos técnicos elaborados por los impulsores que diseñan y divultan dicha política lingüística, pues, como ya se ha dicho, prefieren publicitar, más que definir con precisión, las directrices del panhispanismo en los medios de comunicación, de tal manera que no se conoce realmente ni su justificación, ni sus objetivos, ni su finalidad, etcétera. A comienzos del siglo XXI RAE y ASALE (¿existe una relación de igual a igual entre ellas?) publicaron un documento conjunto titulado *La nueva política lingüística panhispánica* (2004). En él se señala el propósito común, por parte de dichas instituciones, de «garantizar el mantenimiento de la unidad básica del idioma, [...] haciendo compatible la unidad del idioma con el reconocimiento de sus variedades internas y su evolución» (3a). A esta tarea se la conoce en el documento como «orientación panhispánica, promovida por la Real Academia Española», aplicada «sistemáticamente» por todas las Academias y plasmada «en la coautoría de todas las obras publicadas desde la edición de la

Ortografía en 1999» (ibidem). Esta política también tiene como cometido recoger «lo consolidado por el uso» y «proponer las opciones que parecen más aconsejables en aquellos puntos en los que el sistema muestra vacilación» (4b).

A continuación, el documento se detiene en las obras creadas hasta ese momento siguiendo dicha orientación (mejoradas por las bondades de las nuevas tecnologías) y las instituciones que participan en su desarrollo. En realidad, por su extensión este parece el verdadero cometido del documento, más que definir con claridad la política lingüística panhispánica. Al protagonismo de la RAE y al papel de instituciones colaboradoras del resto de Academias se añade la responsabilidad que aquella se atribuye en el establecimiento y difusión de «los criterios de propiedad y corrección idiomáticas» (9a). La sección «Política panhispánica» que figura en la página web de la RAE tampoco sirve para esclarecer su naturaleza, justificación, finalidad, objetivos, estrategias, etcétera. En realidad, todo se reduce a la colaboración entre la RAE y el resto de Academias, así como la publicación de las obras ya conocidas, «con un marcado carácter panhispánico» (en línea), los precedentes, la cronología de la cooperación entre la RAE y la ASALE y la actividad congresual desarrollada. La reseña de los Congresos Internacionales de la Lengua Española puede servir para conocer, al menos, alguno de los propósitos por los que –puede presumirse, ya que no se vincula de manera clara– vela el panhispanismo. En los siguientes términos se expresa la página web del Instituto Cervantes dedicada a ellos:

Los congresos [...] [p]retenden, sobre todo, generar conciencia de la responsabilidad sobre la promoción y la unidad de nuestra lengua entre los gobiernos, las instituciones y las personas (en línea).

Por tanto, para conocer la verdadera naturaleza del panhispanismo, no hay que buscarla en sesudos estudios por parte de sus impulsores –estudios que, por otro lado, son prácticamente inexistentes, ya que los investigadores que se han acercado a ella y han plasmado sus reflexiones por escrito son, más bien, sus críticos–, sino en el tratamiento que, como noticia, ha tenido en los medios de comunicación, así como la opinión que ha generado, expresada en entrevistas, cartas al director, columnas, editoriales, etcétera. Esta cobertura mediática –junto a la necesaria complementación bibliográfica elaborada por la crítica– es la que, en definitiva, ha conformado teóricamente la política exterior en torno a la lengua española. Considero que esta política ya goza de cierto recorrido, susceptible de ser historiado. En efecto, puede comprobarse cuál ha sido su deriva con respecto a las intenciones origi-

nales y sus resultados, de manera que es pretensión de este monográfico erigirse en una especie de observatorio del desarrollo del panhispanismo. Pero, sobre todo, a la vez que se relatan aspectos cruciales, la pregunta que planteé a los especialistas que amablemente han querido brindar una respuesta es la siguiente: dentro de esta política lingüística panhispánica, ¿tienen cabida otros valores para la lengua que no sean los puramente materiales, funcionales... incluso podría hablarse de crematísticos?

A la búsqueda de otros valores, más allá del económico, procurador de un idioma neutro, con la consecuente aculturación, se lanza este monográfico. Los investigadores –cuatro autores y dos autoras– cuentan con una considerable experiencia en el área de los estudios de política lingüística del español. De hecho, algunos verdaderamente pueden ser considerados como intelectuales del idioma. Las investigaciones presentadas se inscriben en el campo de los estudios glotopolíticos y constituyen un auténtico diálogo –tanto con el coordinador del monográfico como entre los diversos participantes, que matizan, amplían y completan lo dicho por sus colegas– en torno a la existencia de valores del español más allá de aquellos hacia los que apunta la política lingüística panhispánica. Creo que este es el verdadero sentido de un número monográfico: no convertirlo en una colectánea de estudios aislados, sino ensartados en un hilo argumental, con intercambio de ideas. La conversación, por consiguiente, no es solo la íntima, y a veces cómplice, entre analista y lector. Además, forma parte del ADN de los *Transatlantic Studies Network* donde se publica. Véase, si no, la que mantienen Ángel López García-Molins (Universitat de València) –al hablar del español como comunidad vivencial– y José del Valle (CUNY Graduate Center) sobre el español atlántico en la era pre- y pos-Trump.

En un recorrido de derecha a izquierda del mapamundi canónico, se cruza el océano para llegar a tierras americanas. El español del Continente ha sido objeto de variados análisis, a una y otra orilla. Su historia ha sido más tratada allá que acá. Quienes nos dedicamos a la narración del devenir de nuestra lengua hemos puesto siempre el acento en la escasa representatividad del Nuevo Mundo en los manuales europeos clásicos. Por eso sorprende la redacción de una obra como *Hablamos la misma lengua* (2017) por un representante genuino de la principal institución gestora del español: el actual director de la RAE, Santiago Muñoz Machado. Sin embargo, Daniela Lauria (CONICET, Universidad de Buenos Aires) en la reseña de la obra desenmascara su verdadero propósito, que es servir de dispositivo, uno más, puesto al servicio del panhispanismo en su pretensión de convertir el español

en lengua total o global. Y, claro, ese totalitarismo o globalismo monoglósico supone el arrinconamiento, hasta llegar a la eliminación por razones de eficiencia comunicativa, de las lenguas minorizadas con las que convive. Y, aunque podría tratarse ese tema desde la óptica europea (¿por qué no es tan patente el compromiso del Instituto Cervantes con las demás lenguas de España?), es María Florencia Rizzo (CONICET, Universidad Nacional San Martín) quien ha trasladado el asunto a las lenguas indígenas americanas.

Si Rizzo brinda una visión de conjunto sobre las reivindicaciones de las universidades, las comunidades indígenas y las organizaciones sociales o de derechos humanos, Luis Fernando Lara (El Colegio de México, El Colegio Nacional) ejemplifica con una realidad concreta –la mexicana– la lucha por una vinculación más visible entre el español y las lenguas indígenas, despojada de los valores materiales y próxima a otros más humanistas como son la cultura o la educación. El investigador narra el proceso por el que los mestizos, en toda América, convirtieron el español en la lengua materna de la población, a la par que los indios, que constituyen la mayoría, han ido adquiriendo paulatinamente la condición de bilingües, si bien las lenguas de sus pueblos están en franca desventaja con respecto al idioma común. La manera mexicana de hablarlo, con su rico componente indígena, forma parte inseparable del conjunto de tradiciones verbales hispánicas que el panhispanismo suele ignorar en pos de la consecución del ya conocido español global, neutro, total o universal. Sucede lo mismo con otras variedades no nacionales del español, como la canaria, de la que Humberto Hernández (Universidad de La Laguna, Academia Canaria de la Lengua) da cuenta –en relación, de nuevo, con el concepto de mestizaje– y, como novedad inspiradora, de la vinculación histórica del español de Canarias con la expansión americana.

Como ya se sabe, la amplia extensión territorial del español es la baza fundamental sobre la que se asienta la política lingüística panhispánica, de la cual este monográfico no quiere quedarse en mera crítica. Los participantes deseamos su reorientación a fin de que se aproveche el vasto dominio de la hispanidad en términos de un mayor conocimiento de la historia, del patrimonio y, a la poste, de la cultura de quienes se desenvuelven en ella. No es, por tanto, un rechazo, sino una reivindicación de la primacía de otros valores del español. Es la vía que seguimos tanto los autores, a los que quiero agradecer su colaboración desinteresada, como el coordinador. El equipo editorial de *Transatlantic Studies Network* ha ejecutado un trabajo impecable. Por eso va aquí mi agradecimiento, en especial a su editora jefe, Miriam López Rodríguez (quien

me invitó a diseñar un monográfico relacionado con nuestra lengua) y a Ashley Jáñez González, por toda la paciencia mostrada conmigo en las cuestiones editoriales. Son, pues, muchos los profesionales que han intervenido, pero con el resultado no acaba todo. Es mi deseo que la publicación sea

provechosa para quienes se acerquen con interés, y ánimo conversador, a los temas abordados. Es ahora cuando se amplifica el diálogo primigenio, al cederles el testigo a los lectores, que ojalá se conviertan en activos interlocutores y comentaristas de los hechos narrados.